EL ANIMAL MANÍACO EPISTOLAR.

EL ENVÍO DEL ENIGMA.

¿Qué otra cosa, sino el logos, es producto del hombre en el que el hombre se pierde, se arruina?

Giorgio Colli, *El nacimiento de la filosofía*.

Los océanos predominan, las montañas están naciendo, nadie da cuenta de la noche y el día. Los primeros caprichos de la materia dan comienzo a las especies, entre ellas se encuentra un animal que de pronto se convierte en bípedo, esto es comienza a cargar consigo mismo y adoptar un curso. Algo sucede en la aventura del desplazamiento a voluntad. Se adentra en los bosques profundos dejando atrás para siempre al océano. De un momento a otro sobreviene una impresión enigmática. Rocas, bloques erráticos, monumentales paredes de piedra,…y luego, el extravío: de pronto se encuentra en la desmesura del paisaje, se interrumpe la verticalidad, flexiona sus rodillas y cae al suelo. La respiración se detiene, la vista se enturbia, Tiene la boca entreabierta y seca. La inmediatez acontece en un avistamiento perpetuo, destellante, el pasado está perdido, el presente no existe, sin embargo algo deviene, expulsado de una esfera a otra, como un recién nacido, respira con violencia la primera bocanada de aire. Grita. En el límite de la extinción, intenta abrir los ojos, está cegado de totalidad. Existe. Ahora jamás recordará el *origen*. La caza a la totalidad ha comenzado, hay que dar alarma, hay que avisar a los demás, hay que reunirse.

1. The Host

Hasta donde se sabe, los orígenes de la filosofía griega y en general de todo el pensamiento occidental, son misteriosas. Un fragmento de Aristóteles nos informa, que Pitágoras fue llamado por los crotonatas Apolo hiperbóreo. Los hiperbóreos eran para los griegos un pueblo legendario del extremo septentrional. De ahí parece provenir el carácter místico donde en las llanuras nórdicas y del Asia central, es atestiguada una larga persistencia del chamanismo, de una técnica particular del éxtasis.

La filosofía y el arte son técnicas del éxtasis, nos instruye Giorgio Colli. El término "éxtasis" aparece en Grecia en el siglo cuarto antes de Cristo y significa "anomalía" fisiológica en cuanto alejamiento y separación de las reglas naturales. Una distorsión de las articulaciones, en el lenguaje hipocrático, o bien una alienación de la mente, un estar fuera de sí del cerebro. Más adelante, en la literatura neoplatónica, la utilización de éxtasis sigue siendo ambigua y el término indica un movimiento hacia el exterior, o incluso una fragmentación. Solo excepcionalmente designa en Plotino la cima del conocimiento místico, e incluso en este caso no como estado o quietud, sino como salida de sí mismo, abandono de sí mismo, junto con la expresión "anhelo de contacto". Lo que Plotino insinúa, sugiere Colli, esta "más allá del ser", y sin ser no hay objeto, de modo que la alusión se refiere a la realización de un impulso. Se trata de una desviación decisiva hacia el exterior, un abandono totalmente conseguido de improviso por una milagrosa fragmentación de la propia individualidad. Colli afirma que lo mismo puede decirse por ejemplo, de aquel pensamiento de Nietzsche, que se le ocurrió en el lago de Silvaplana, cuando procedente del bosque, se le apareció un peñasco enorme en forma de pirámide. Algo exterior a nosotros nos libera de nosotros. He ahí entonces que, arrancado el velo de la persona, aparece la ocasión del éxtasis, el conocimiento que está en el origen, el instante, el primer recuerdo de lo que ya no es conocimiento. Es por esto que colli puede decir agudizando sobre Nietzsche que la razón humana carece de autonomía, no es más que una resonancia y una manifestación de esa mayor intensidad "es la espuma de una onda expresiva más larga, que luego rompe con más violencia en lo más alto de la

escollera". En el hombre se oculta una raíz metafísica, cuyo impulso llega a configurarse en la razón. La razón no es independiente de la animalidad sino que precisamente la revela. Y es en esta animalidad donde se deja entrever una relación con lo divino, que depende quizás, de esta locura que es la fuente de la sabiduría.

Por eso volvamos a los hiperbóreos, término que se aplica a los habitantes del polo norte y sus cosas. Son individuos habituados a los témpanos, a las bajas temperaturas, al mineral inerte. De esta quietud, de estas fracturas glaciales, que resuenan, dando eco de derrumbamientos inaccesibles, esporádicos, allá lejos, bloques que se desprenden, erráticos. De aquí parece provenir un impulso desconocido, una motivación instintiva empuja algunos a efectuar el envío de un enigma. Acarrear consigo mismos secretos atravesando los limites septentrionales. Luego se adentran en los bosques, praderas y llanuras.

Hasta aquí, verticalidad es cosa de arboles y hombres. Por ello, para diferenciarse es preciso situarse en el claro de bosque, donde los hombres avistan a otros hombres y donde construirán viviendas, formaran comunidades. Tengamos en cuenta la distinción que hace Colli del misticismo mediterráneo del misticismo nórdico, muy diferentes entre sí. El mediterráneo es un misticismo visionario, vinculados a los ríos de luz, la ebriedad meridiana, a la aparición de divinidades marinas y silvestres. Los éxtasis rara vez son solitarios, se apoyan en comunidades esotéricas.

Por ahora Imaginemos los comienzos, como dice en este fragmento del mito de Prometeo en boca de Protágoras: "en un principio habitaban los humanos en dispersión, y no existían ciudades. Así que se veían destruidos por las fieras, por ser generalmente más débiles que aquéllas; y su técnica manual resultaba un conocimiento suficiente como recurso para la nutrición, pero insuficiente para la lucha contra las fieras. Pues aún no poseían el arte de la política, a la que el arte bélico pertenece. Ya intentaban reunirse y ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero, cuando se reunían, se atacaban unos a otros, al no poseer la ciencia política; de modo que de nuevo se

dispersaban y perecían.”

Ahora bien, como sabemos, es la guerra contra fuerzas exteriores lo que fortalece el lazo social entre individuos de una misma especie. A partir de aquí está montada la comedia de las ciudades, con el espíritu sedentario nace la moral y la política, la empatía y el testamento. El hombre construye un autocerco, defiende murallas, no duerme, las ciudades comienzan a vivir 24 hs. Aquel que dé la espalda al lo colectivo es apolítico, alógico, se repliega sólo para sí y no para la ciudad. En este sentido el cuidado de sí, como lo mostrara Foucault, está además, en mi opinión, íntimamente motivado por una alarma política desplegada por el hombre mismo, apenas el hombre corre peligro de dispersión. Para no dispersarse hay que saber cómo reorientar todos esos impulsos de ansiedad en expansión, hay que refrenarlos, conducirlos, homogeneizarlos, para ello está la política, que a esta altura podríamos decir que es una de las hijas de la vigilia. No es extraño entonces que a partir de aquí se haya desarrollado progresivamente en la conciencia una imposibilidad de escapar, o mejor dicho una progresiva separación de la animalidad, donde el bosque será el ámbito de lo inhumano, del extravío, del filtro solar. Como dice Colli acerca de Nietzsche que, antes de sucumbir, quedó extraviado en el bosque del conocimiento, y hostigó a “los moteados animales de presa”, exulto en el terror y en la desesperación, para mostrarse bajo la figura de un luchador victorioso. Los cazadores del dolor anteriores a Sócrates escaparon vivos de aquella selva.

Ésta es la imagen, el momento estético, la salida de la filosofía, el escape salvaje del bosque enmarañado.

2. La medición del mundo

Sabemos que el Iluminismo no se detiene ante las rocas, todo lo examina, lo mide, lo calcula. Y es que tiene una larga herencia, un viejo impulso que ha cobrado forma bajo el arte de medir, pues "toda vida humana necesita de la eurritmia y el equilibrio" (Protagoras 326b). La medición del mundo calma. Es aquí donde se vuelve inevitable la aparición de un Nietzsche como el diagnosticador, el médico de la cultura, el fisiólogo, el meteorólogo, el geofísico, el convaleciente de una época, que luego de haber "resistido pacientemente una larga y terrible presión -paciente, riguroso, frío, sin someterse, pero sin esperanza"-ocurre lo inesperado, la curación. La ruptura de la alianza con las fuerzas reactivas. La embriaguez de la curación, y súbitamente…el "sentimiento y el presentimiento de un futuro, de próximas aventuras, de mares nuevamente abiertos, de metas nuevamente permitidas, nuevamente creídas". Es la "Ciencia Jovial". Sabemos que a partir Nietzsche, uno para poder hacer un diagnóstico de su época hay que estar intoxicado de su época. Por ello desde el siglo XIX el pensamiento filosófico no es ni pura reflexión ni expresión, sino que se trata más de una fiebre que reacciona a una intoxicación específica. De allí las especializaciones en sistemas de inmunología frente aquello que me descentra, me desborda, me escinde. Nietzsche de alguna manera nos advierte de la ciencia triste, de "ese trozo de desierto, de agotamiento, de incredulidad, de congelamiento en medio de la juventud, esta ancianidad insertada en un lugar inapropiado; esta tiranía del dolor superada aún por la tiranía del orgullo, que rechazaba las conclusiones del dolor -y las conclusiones son consuelos". Nietzsche supo ver que el resentimiento es generador de mundo, hasta aquí el más peligroso y nocivo. Colli nos dice, lejos de la manía anunciadora, que el hombre moderno esta segmentado, es fragmentario. Observa además que existe una "descompensación insuperable entre la vehemencia de vivir, que el hombre confunde con la posesión del mundo". Cada expresión es búsqueda de totalidad, todo lo que el hombre dice, hace, escribe, es siempre una cuestión de gusto, continua colli, es decir, una reacción frente a lo que sobrepasa, es una cuestión de azar, de contingencia, de reflejo de una fragmentación.

Y es aquí donde quisiera traer a relato esta intensificación de sí, y no tanto una conservación de sí.

Pues hoy si queremos hablar de “individuos modernos”, tenemos que hablar de una suerte de “experimentación de sí”, es así como el sujeto pone en escena su modernidad. Es decir, no se agota el individualismo moderno, en el concepto de autoconservación, de cuidado de sí, de tratar de vivir bien. Si hay un rasgo característico que compartimos con nuestros contemporáneos, es una ansiedad de totalidad en expansión, como la energía constitutiva del mundo. Por lo tanto ya no pensamos como Wittgenstein, que el mundo es todo lo que podemos decir, sino que vivimos el mundo como aquello con lo que experimentar hasta la fractura. Hay un trazo nervioso que recorre diversos modos de vida, desde un heroinómano, a un deportista extremo, hasta un corredor de la bolsa en Wall Street. Todos ellos tienen que ir hasta el límite de lo que pueden. Es como si se hubiese diseminado, subsistido, algo del espíritu pascaliano: “L`homme passe l`homme”, y es que el hombre no es una identidad definible, sino un movimiento incesante más allá de sí mismo. En este sentido, hay quienes buscan principios reguladores, tratando de calibrar las energías dispersas del momento midiéndolas con algo así como un “barómetro de la razón moderna”.

Entonces el hombre moderno advierte como una fatalidad esta fractura, irremediable, ve que el individuo y la colectividad se han alejado con el transcurrir de los siglos, a lo largo de caminos divergentes, y así continua. Colli señala: lo que la colectividad espera del individuo, presupone en el, es siempre distinto de lo que él descubre en sí mismo como autentico, originario. Entonces quien es algo más que una hormiga, quien quiera dejar una huella tras de sí, afirmar un mundo posible muchas veces queda destruido por el mundo humano, no por su hostilidad, sino simplemente por su extrañamiento, por sus reglas, por sus comportamientos, por sus costumbres. Recuerdo un dialogo de una novela de un japonés, donde una muchacha retirada en un centro de salud en las montañas, un día le comenta a su doctor que mientras estaba jugando un partido con los demás internos vio a todos deformados, de pronto, ella misma perdió la forma humana, su brazos se agitaban y no comprendía que era ese movimiento, las cosas pierden su peso y sus contornos. El doctor le responde que era una apreciación correcta, que su observación no tiene nada de errado. Le dice de

alguna forma que es eso de lo que hay que hacerse cargo, de que todos tenemos nuestra deformidad y lo más difícil es admitir, asimilar, afirmar esa percepción. Entonces si observamos un Van Ghogh, cuando en sus cuadros comienzan a notarse las pinceladas, cuando la pintura ya comienza hablar de sí misma, cuando la expresión se desprende de la mimesis de la naturaleza, es ahí donde la obra de arte sale al encuentro, es como si se lograra un puente entre lo particular y lo universal, es cuando la figura del artista encarna al hombre que hace de su deformidad una afirmación impuesta al mundo, donde por un momento podemos avistar la experiencia estética como una poderosa plataforma para abrir espacios de pensamiento. Al mismo tiempo, apenas se deja entrever esta posibilidad, se efectúa por todas partes lo que conocemos como el suicidado por la sociedad. Se trata regularmente de obstaculizar estas nuevas percepciones, retener todos estos impulsos de origen desconocido, que preparan nuevas fuerzas, que nos pasearan por mundos incognoscibles.

3. Du bist die welt

El barón Jakob von Uexküll, es hoy considerado uno de los máximos zoólogos de siglo XX*. Las investigaciones de Uexküll sobre el ambiente animal son contemporáneas tanto a la física cuántica como a las vanguardias artísticas. Esto quiere decir, que sus investigaciones expresan el abandono sin reservas de toda perspectiva antropocéntrica en las ciencias de la vida y la radical deshumanización de la imagen de la naturaleza. Donde la ciencia clásica veía un único mundo, que comprendía dentro de si todas las especies vivientes jerárquicamente ordenadas, Uexkull propone en cambio, una infinita variedad de mundos perceptivos. Dice que demasiado frecuentemente nos imaginamos que las relaciones que un determinado sujeto animal mantiene con las cosas de su ambiente ocurren en el mismo espacio y al mismo tiempo de las que nos vinculan con los objetos de nuestro mundo humano. Esta ilusión se apoya en la creencia en un mundo único en el que se situarían todos los seres vivos. Uexküll muestra que este mundo unitario no existe, así como no existe un tiempo y un espacio iguales para todos los vivientes. La abeja, la libélula o la mosca que

observamos volar cerca de nosotros en un día de sol, no se mueven en el mismo mundo en que los observamos ni comparten con nosotros- o entre ellos- el mismo tiempo y espacio.

*El comentario sobre Jakob von Uexküll, pertencen al capítulo "Umwelt" del libro "Lo abierto" de Giorgio Agamben.

Lo mismo entre nosotros. Por ejemplo no existe un bosque en cuanto ambiente objetivamente determinado.

Existe un bosque para la guardia forestal, un bosque para el cazador, un bosque para el caminante, para el botánico, hasta un bosque de fabula donde se pierde caperucita roja. En este sentido, pero al nivel de los modos de ser, es curioso como el filosofo del arte Arthur Danto, observa una divertida semejanza entre Karl Marx y Andy Warhol, cuando el primero, en la *Ideologia Alemana*, alude a una no especialización del trabajo, sosteniendo que un individuo bien podría ser pescador una semana, carpintero la otra, cocinero la siguiente, sin ser específicamente, pescador, carpintero, cocinero. Andy Warhol, decía por su lado (sin conocimiento de lo que Marx decía) que uno tendría que poder pintar algo renacentista por la mañana, algo surrealista por la tarde, y ser un artista pop por la noche, sin que eso implique un perjuicio al arte, uno puede ser de todas esas formas sin ser especialmente de una única manera.

Entonces, decíamos, esta extrañación del mundo, esta fragmentación, esta deformación que produce este desajuste entre individuo y mundo nos empuje a reconocer la animalidad en el hombre, no sólo eso, sino como dice Colli, afirmar en la animalidad la esencia del hombre: "este es el pensamiento grave, decisivo, precursor de tempestades". Colli nos recuerda que la oscura raíz de la animalidad, la ciega voluntad de vivir se trasluce de los mitos de las religiones antiguas. Como decíamos la caza de la totalidad comenzaba. En su aparición el enigma que sonríe, atrae, seduce, promete una exaltante victoria. Un escalofrío de excitación se apodera de quien, en plena vida cotidiana, se tropieza con él. Pero enseguida interviene, nos advierte colli, desde el fondo, el

presentimiento de la ferocidad. “El enigma es un juego donde anida una violencia”. De aquí se desprende que sin arrobamiento no hay primera filosofía. Ya Platón decía que los sabios eran los de antes, que la relación entre sabiduría y filosofía dejaba entrever la naturaleza decadente de esta última, que el amor a la sabiduría es de ahí en más meramente algo de aficionados. Nos informa Colli que según Platón, el enigma aparece cuando el sonido de las palabras, en su significación inmediata, no restituye lo que estaba en la mente de quien habla. Nos dice que el enigma presupone pues una condición estática: al retornar a la vida cotidiana, nos acompañan recuerdos del éxtasis que ahora, en el contexto habitual, aparecen como algo extraño. Lo que produce el enigma dice colli, es un juego alusivo al abismo existente entre dios y hombre. Enigma es la aparición en lo manifiesto- en la palabra- de lo que está oculto, es la huella de lo indecible.

Por lo pronto podemos decir que el impulso filosófico no cobra fuerza sin el dislocamiento del individuo. Karl Jaspers habla de tres motivaciones fundamentales que son las que nos empujan hacer filosofía: la duda, el asombro, y las experiencias límite. No son pocos los filósofos que fuera de sus secuencias argumentativas recuerden en silencio, que en su temprana edad fueron atravesados sin motivos aparente por una violenta extrañación, como si hubiesen sido arrojados al mundo sin previo aviso. Luego como una gallina que no alcanza su alimento, comienza adoptar lo que los empiristas gusta llamar, una conducta sustitutiva. Comienza entonces la gallina a picotear la tierra y deambular sin rumbo. El por hombre por su parte empieza a escribir.

4. Infinito emocional

La conducta sustitutiva del hombre es la escritura. Se trata como veremos en otra parte, de dar cuenta a los demás, la los lejanos, a los que arribará la buena nueva: “se ha topado uno consigo

mismo y no sabe cómo manejarse". Es sugestivo un pasaje de *"Diario de golondrina"* de Amelie Nothomb, donde podemos entrever la escritura como reflejo de una fragmentación del individuo, cuando escribe:

"Nos despertamos en medio de la oscuridad, sin saber nada de lo que sabíamos. ¿Dónde estamos, que ocurre? Por un momento no recordamos nada. Ignoramos si somos niños o adultos, hombres o mujeres, culpables o inocentes. ¿Estas tiniebla son de la noche o las de un calabozo? Sabemos lo siguiente: estamos vivos. Nunca lo estuvimos tanto: solo estamos vivos. ¿En qué consiste la vida en esta fracción de segundo durante la cual tenemos el raro privilegio de carecer de identidad? En esto: tener miedo. No obstante, no existe mayor libertad que esta breve amnesia del despertar. Somos el bebe que conoce el lenguaje. Con una palabra podemos expresar este innombrable descubrimiento del propio nacimiento: nos sentimos propulsados hacia el terror de lo vivo."

La animalidad se pone en escena, muchas veces sucede en esta propulsión, que abdicamos de toda voluntad, nos paralizamos, este es un estado también conocido como *impotencia inducida*, observado en el comportamientos de los animales en laboratorios cuando son sometidos a tensiones fuera de lo común, todos los impulsos para solucionar problemas desaparecen, se pierde todo instinto de supervivencia. He aquí el peligro de la activación del sistema inmunológico, frente a lo que me sobrepasa, porque, como advierte colli, cuando la racionalidad se convierte en instinto lleva a la destrucción biológica. Cuando un hombre o un grupo humano confunden y mezcla inextricablemente instinto y razón, es decir cuando la razón absorbe al instinto subordinarlo en vez de expresarlo, en tal caso, dice colli, esos hombres están destinados a una degeneración irremediable. A veces pienso en hombres como Agamben, por ejemplo cuando induce a sus alumnos a escribir grafitis en las calles de roma que anuncian "no tenemos ningún Virgilio que nos guie en el infierno". Es un grafiti muy bello, muy de intervención urbana contemporánea, pero sigue resultando sospechoso. A primera vista se lo puede tachar de escatológico, que induce a la

quema del mundo, de asistir en primera fila al espectáculo del desastre, pero en mi opinión, de alguna forma intenta hacer un anuncio de las posibilidades que yacen inactivas. Este tipo de reenvío de posibilidades son las que ahuyentan fuerzas peligrosas y enloquecidas, así y todo, no se puede dejar de pensar que es así como siempre se han fundado religiones enteras y erigido sistemas completos de pensamiento.

Por eso es interesante observar cómo aún con semejante arquitectura, un sistema de pensamiento como el de Immanuel Kant, que en su modesto y minucioso programa, al trazar las fronteras y cartografiar los límites de lo que puede considerarse o no pensamiento, la misma fijación del límite, exacerba la voluntad de transgredirlo y entrar en la zona prohibida. Apenas atravesamos ese umbral se activa nuestro sistema inmunológico, reactivamente nos rearmamos con nuevos modos de apropiación de lo extraño, abandonando los hábitos crepusculares, somos el hombre moderno, el animal diurno que se construye toda una estructura funcional a la propia autodeterminación: el *cogito*. Perpetuándose, relatándose su propia historia, el hombre es el héroe de su propio relato, es el héroe de la tierra firme del yo. Recién Nietzsche postulará el ocaso del yo al rango de categoría. El asunto es que nada de ese yo exaltado, entusiasmado, autodeterminado es suficiente ya no surte efecto, no alcanza. Observemos, escuchemos en todas partes lo que vibra y resuena, se expande indefinidamente, incesantemente. Podemos reunir a los autores más dispares, y coincidirán en este punto: los anhelos de despersonalización de la subjetividad moderna, buscan una nueva existencia fuera del yo, una radical transfiguración de la subjetividad, que sería sólo comparable a la transvaloración de los valores propuesta por Nietzsche. Quizás estemos ya adentrándonos en una zona de no conocimiento, como yendo en la noche. Pero podemos tratar de hacer este paseo incognoscible alegremente, como pasando de largo esas espiritualidades que no elegimos, esa filosofía solitaria, disciplinada, encajonada, sentada. Recordemos que la humanización de la soledad es un vicio moderno, los antiguos desconocían este vicio. Antes bien, se acepta el origen, la estructura del mundo, se la afirma, se es feliz por ello. Decía witgenstein que habría que dejar el

mundo tal cual lo encontramos, pero ya decíamos hoy el mundo es con lo que experimentamos hasta la fractura. Por todos lados resuenan y vibran las más diversas energías dispersas evocando un impulso que no puede encontrar resolución en el yo y que busca esa transmutación, esa contra-efectuación del mundo mismo de la realidad. Claro que existen las pasiones tristes y las alegres, e interminables clasificaciones de las exaltaciones, pero no nos toca a nosotros (no debemos) calibrar esas energías. En todo caso, como no se trata de meros afectos y facultades individuales, sino una exigencia inmanente de un nuevo tipo de "humanismo", o ya tendríamos que decir, proponer esa posibilidad que yace ahí, una nueva in-humanidad. En este punto si coincidiríamos provisionalmente con autores como el mencionado agamben, que en la serie de anuncios, de grafitis, cartas y de envíos de enigma, a sus congéneres, plantea la cautela de no intentar trazar los contornos ya no mas humanos y ya no mas animales de una nueva creación que correría el riesgo de ser tan mitológica como la otra.

Por ello vemos la necesidad de abrir espacios alternativos de pensamiento de *irregularidad intensiva*, allí donde comienza el ocaso. Sin embargo, no pretendemos aquí, con esta fórmula inconclusa, que termine cumpliendo una función portadora de una lógica estructural y textual de la cual se irá eliminando todo afecto existencial. Aquí es donde volvemos aquel Spinoza tan codiciado por todos los frentes, y seguimos su sugerencia de dejarse afectar. En este dejarse afectar tal vez lleguemos a olvidarnos de todo proyecto de dominar nuestra vida animal. Donde dejaremos inoperante la maquina antropológica la que gobierna nuestra concepción del hombre. Sin embargo esto no significara ya no buscar nuevas articulaciones- más eficaces o mas autenticas- sino, aventura agamben, exhibir el vacio central, el hiato que separa-en el hombre- el hombre del animal, arriesgarse a este vacío: suspensión de la suspensión, shabbat tanto del animal como del hombre. Ahora este arriesgarse al vacío, el momento de la suspensión, subyace el instante de la decisión que como decía kierkegard, es una locura, es el salto mortal.

Ya suspendidos, separados de la tierra firme, lanzados hacia el desprendimiento, hacia la espacialidad de la fractura, quizás demos testimonio de la operación filosófica por excelencia, la salida de la filosofía. El escape salvaje, el momento estético, la salida del laberinto del bosque.

Por mi parte, también es cierto que tales afirmaciones de vías de escape salvaje, de imposiciones de las deformaciones individuales, y las decisiones, forman parte de la animalidad en fuga. Quiero retomar una deuda insaldable con Giorgio Colli, que nos remite a *la esfera del pudor*: "lo contrario del cinismo es la veneración. La capacidad de veneración es un carácter discriminador que traza fronteras en la naturaleza humana. Frente a cualquier grandeza se despierta en algunos individuos un sentido de reconocimiento, de disponibilidad a recibir y agradecimiento de lo recibido. Quien no posee esta naturaleza rechaza instintivamente todo lo grande, lo aleja de sí". Peter Sloterdijk siente algo parecido cuando al escuchar la noticia de la muerte de una amistad imposible, asimétrica, da cuenta del sentimiento de gratitud por lo que ese hombre había demostrado. ¿de qué se trataba a fin de cuentas? Acaso el hecho de que aun es posible admirar sin volver a ser niño. La veneración se dirije hacia atrás, dice Colli. "Se acepta el origen, la estructura del mundo, se la afirma, se es feliz por ello". Es verdad también, que esto se trata de una experiencia intima de la que no hay que hablar demasiado.